PENTECOSTES-C
Padre Pedrojosé Ynaraja Díaz

LECTURAS

Hechos de los apóstoles 2, 1-11

Al cumplirse el día de Pentecostés, estaban todos juntos en el mismo lugar. De repente, se produjo desde el cielo un estruendo, como de viento que soplaba fuertemente, y llenó toda la casa donde se encontraban sentados. Vieron aparecer unas lenguas, como llamaradas, que se dividían, posándose encima de cada uno de ellos. Se llenaron todos de Espíritu Santo y empezaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les concedía manifestarse.
Residían entonces en Jerusalén judíos devotos venidos de todos los pueblos que hay bajo el cielo. Al oírse este ruido, acudió la multitud y quedaron desconcertados, porque cada uno los oía hablar en su propia lengua. Estaban todos estupefactos y admirados, diciendo:
«¿No son galileos todos esos que están hablando? Entonces, ¿cómo es que cada uno de nosotros los oímos hablar en nuestra lengua nativa? Entre nosotros hay partos, medos, elamitas y habitantes de Mesopotamia, de Judea y Capadocia, del Ponto y Asia, de Frigia y Panfilia, de Egipto y de la zona de Libia que limita con Cirene; hay ciudadanos romanos forasteros, tanto judíos como prosélitos; también hay cretenses y árabes; y cada uno los oímos hablar de las grandezas de Dios en nuestra propia lengua».

de la primera carta del apóstol san Pablo a los Corintios 12, 3b-7. 12-13

Hermanos Nadie puede decir: «Jesús es Señor», sino por el Espíritu Santo.
Y hay diversidad de carismas, pero un mismo Espíritu; hay diversidad de ministerios, pero un mismo Señor; y hay diversidad de actuaciones, pero un mismo Dios que obra todo en todos. Pero a cada cual se le otorga la manifestación del Espíritu para el bien común.
Pues, lo mismo que el cuerpo es uno y tiene muchos miembros, y todos los miembros del cuerpo, a pesar de ser muchos, son un solo cuerpo, así es también Cristo.
Pues todos nosotros, judíos y griegos, esclavos y libres, hemos sido bautizados en un mismo Espíritu, para formar un solo cuerpo. Y todos hemos bebido de un solo Espíritu.

del evangelio según san Juan 20, 19-23

Al anochecer de aquel día, el primero de la semana, estaban los discípulos en una casa, con las puertas cerradas por miedo a los judíos. Y en esto entró Jesús, se puso en medio y les dijo:

«Paz a vosotros».
Y, diciendo esto, les enseñó las manos y el costado. Y los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor. Jesús repitió:
«Paz a vosotros. Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo».
Y, dicho esto, sopló sobre ellos y les dijo:
«Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos».

COMENTARIO

Erase una vez que era, un niño que nació en tiempos de guerra en un refugio donde le tocó vivir siempre, por un largo entonces. Se alumbraban con velas y para que aquel chiquillo fuera entreteniéndose y aprendiendo a vivir, su madre le hizo un día una pajarita de papel y como le gustó mucho, le hizo después un barco, una ranita, una cigüeña y no sé cuantas otras cosas más.

Pasó mucho tiempo a oscuras y aislado de la gente libre. Un día el niño se enteró de que pronto iba a poder salir de aquel antro.

Llegó el momento, por la escalera vio una luz y preguntó ¿es esto el sol? No, le contestaron, es una bombilla. Más tarde vio un perrito y dijo: debe ser un sapo, que no, volvieron a decirle, olvídate de todo lo que abajo tenías hecho de papel. Ya verás, cuando lo visitemos, cuantos animales de verdad hay en el Zoo…

Las cosas son como son, aunque las desconozcamos y solo tengamos alguna idea como consecuencia de lo que nos hayan contado.

El cuento sirve para centrar la atención en lo que importa hoy, el Espíritu Santo, que existe siempre, que siempre ha existido. Que se aproxima y se hace notar un poco en ciertos momentos. Que se manifestó solemnemente en Jerusalén un día de gran concurrencia en la Ciudad, pues, se celebraba una gran fiesta judía.

En realidad la solemnidad era más antigua que la existencia del mismo Israel. Correspondía a las ofrendas a la, o las, divinidades, que los pueblos primitivos hacían de las primeras espigas de trigo que empezaban a madurar (las de cebada ya las habían hecho antes).

En tiempos bíblicos, este día recibía el nombre de Pentecostés por parte de los judíos de cultura griega, o Shavuot por los de cultura hebrea.

Situémonos, pues, en un tal día.

Acudía a la Ciudad mucha gente y el puñadito de los discípulos del Señor también estaban entre ellos, algo acongojados y temerosos pese a que a ellos que ya se les

había anunciado y recibido el Defensor (la 3ª lectura evangélica de hoy, texto evangélico de Juan).

En realidad sería más lógico que la descripción del libro de los Hechos de los Apóstoles se proclamara después de haber escuchado los relatos de cómo el Señor, proyectando su aliento sobre los pocos asistentes a los que se había aparecido les confiaba: recibid el Paráclito, el defensor.

Posteriormente, se sucedieron otros. Recuérdese el centurión romano y su familia en Cesarea.

Os digo esto porque lo importante es que hoy nosotros los sucesores de los antiguamente afortunados, nos preguntemos ¿Quién es el Espíritu Santo? ¿qué importancia le doy yo? ¿creo que mi vida puede mejorarse gracias al favor divino?

Cómo la Persona del Espíritu Santo es Dios, pero dicho en términos políticos pertenece a la Secreta, cualquier explicación es mucho más misteriosa que la del mismo Jesús-Hijo de Dios.

Leí un día un escrito de Monseñor Buxarrais, insigne obispo amigo, que lo encontré muy acertado. Os ofrezco a continuación el último párrafo. Mejor no lo haría yo, e sprecioso.

El artículo completo, más largo, os lo remito como archivo adjunto.

No os extrañe que, cómo hago en otras ocasiones lo recibáis en castellano y catalán y que cada uno escoja y tal lo remita a otras personas que les puede ilustrar y enriquecer.

ESPÍRITU SANTO

El Espíritu de Dios, tan difícil de imaginar, la Biblia nos dice que es como una fuerza misteriosa, una luz incandescente, un impulso o viento que todo mueve y todo lo dirige.

Me atrevo, con temor, a describir al Espíritu a través de una torpe comparación.

Imaginémonos un mar inmenso, profundo y extenso, que tenemos que cruzar en un velero, dirigiéndonos a puerto segura. Sólo el viento que mueve nuestra embarcación es capaz de hacemos llegar a término.

El mar inmenso es la creación. El puerto a al-canzar, Dios Padre, El velero, como medio para cruzar el mar, Jesucristo-Iglesia. El viento, el Espíri-tu Santo. Sin el

impulso del Espíritu, el velero no se movería. Con él, a su impulso, avanzamos cruzan-do el mar y nos acercamos al puerto seguro hasta alcanzarlo: Dios-Padre

El viento, para sortear una roca, para alejamos de una tormenta, para evitar un arrecife... a veces cambia de sentido; pero siempre, de una u otra manera, nos va impulsando hasta el puerto. Sin la luz y la fuerza del Espíritu, el velero (Jesús-Iglesia) no nos serviría; quedaríamos estacionados en el mismo sitio, cuando no nos alejaríamos, arrastra-dos por la fuerza contraria que es el espíritu del mal.

¡Con cuánta razón, pues, debemos pedir la luz y la fuerza del Espíritu!: Ven, Espíritu Divino, ven so-bre tus creyentes, sobre tu Iglesia, sobre el mundo entero para que, asidos de la mano de Jesús, nues-tro hermano mayor, podarnos llegar al Padre.

L'Esperit de Déu, tan difícil d'imaginar, la Bíblia ens diu que és com una força misteriosa, una llum incandescent, un impuls o un vent que tot mou i tot ho dirigeix.

M'atreveixo, amb temor, a descriure l'Esperit a través d'una maldestre comparació.

Imaginem-nos un mar immens, profund i extens, que hem de creuar en un veler, dirigint-nos a port segura. Només el vent que mou la nostra embarcació és capaç de fer-ho arribar a terme.

El mar immens és la creació. El port a assolir, Déu Pare, El veler, com a mitjà per creuar el mar, Jesucrist-Església. El vent, l'Esperit Sant. Sense l'impuls de l'Esperit, el veler no es mouria. Amb ell, al seu impuls, avancem creuant el mar i ens acostem al port segur fins assolir-lo: Déu-Pare

El vent, per sortejar una roca, per allunyar-nos d'una tempesta, per evitar un escull... de vegades canvia de sentit; però sempre, d'una manera o altra, ens va impulsant fins al port. Sense la llum i la força de l'Esperit, el veler (Jesús-Església) no ens serviria; quedaríem estacionats al mateix lloc, quan no ens allunyaríem, arrossegats per la força contrària que és l'esperit del mal.

Amb quanta raó, doncs, hem de demanar la llum i la força de l'Esperit!: Vine, Esperit Diví, vine sobre els teus creients, sobre la teva Església, sobre el món sencer perquè, agafats de la mà de Jesús, les nostres germà gran, podar-nos arribar al Pare.

(Mons Ramón Buxarrais)